



Sección Sindical Metro de Madrid

**Solidaridad**



**Obrera**

solidaridadobrero.info / solidaridadobrero.org  
C/Valderribas 49, 2ºIzq, 28007 Madrid Tlf.: 91 433 57 86  
email: solimetrodemadrid@gmail.com

Interior: 84236/38733(Fax)  
Móvil: 610 07 80 90  
soliprevencion@gmail.com



15 de diciembre de 2025

*La lucha es el único camino*

## **GANADORES DEL XXIII CERTAMEN DE RELATO BREVE RAIMUNDO ALONSO: UN METRO DE 350 PALABRAS**

El pasado 12 de diciembre se celebró el XXIII Certamen de Relato Breve Raimundo Alonso: Un metro de

350 palabras... que como cada año organizamos **Solidaridad Obrera** junto a la librería Traficantes de Sueños.

**1º relato premiado:** *“El chico de las playeras rojas”*, de *Dominique Vernay Juillet*. Premiado con un vale valorado en 200€ para la adquisición de libros en Traficantes de Sueños y 200€ en metálico.

**2º relato premiado:** *“Dos saltos”*, de *Anaís Montero López*. Premiado con un vale valorado en 100€ para la adquisición de libros en Traficantes de Sueños y 100€ en metálico.

**3º relato premiado:** *“Un día empezó a hacer frío”* de *Jesús Ortiz López*. Premiado con un vale valorado en 100€ para la

adquisición de libros en Traficantes de Sueños y 100€ en metálico.

**4º relato premiado:** *“Un vagón de sombras, un trayecto de nadie”*, de Ricardo Andrés Hinojosa Auserman y David Esteban Ricaurte del Hierro. Premiado con un vale valorado en 50€ para la adquisición de libros en Traficantes de Sueños y 50€ en metálico.

**5º relato premiado:** *“Todo se torna oscuro”*, de Javier Enrique Montero Arango. Premiado con un vale valorado en 50€ para la adquisición de libros en Traficantes de Sueños y 50€ en metálico.

**Mención especial:** *“Batallitas del metro”*, de María Isabel Molina Sanz.

\*\*\*\*\*

El acto tuvo lugar en la Librería Traficantes de sueños, donde pudimos escuchar de la lectura en vivo de los relatos ganadores del certamen y disfrutar de un rato de convivencia. Si tu relato fue premiado y no tuviste ocasión de ir al acto de entrega de premios, recuerda que están disponibles en el local de la librería Traficantes de Sueños hasta el 28 de febrero de 2026.

## 1<sup>er</sup> PREMIO

### EL CHICO DE LAS PLAYERAS ROJAS

**Dominique Vernay Juillet**

Mocasines, chanclas, zuecos, botas, zapatos de tacón de aguja, de vestir, de deporte... Yo sé mucho de zapatos y puedo conocer a las personas solo con verles el calzado.

A veces me gustaría dejar trepar mi mirada más arriba de rodillas, cinturas y pechos, para ir al encuentro de otros ojos, pero no lo hago, mejor dicho, no lo hacía nunca hasta esta mañana en la que, como cada día sobre las ocho, reconocí el paso del chico de las playeras rojas.

Es un chico, lo noto, también lo ha notado Gus —siempre ha preferido los hombres a las mujeres—. Sus andares no son los de un arrogante —los arrogantes pisan fuerte, taconeán— ni tampoco tiene la cadencia de los robotizados. El chico de las playeras rojas parece andar siguiendo el ritmo de una alegre canción, y cuando pasa a nuestro lado

ralentiza y, a veces, solo a veces, se para y deposita una moneda en el cesto. Entonces Gus mueve el rabo y el chico de las playeras rojas hace como si le acariciase entre las dos orejas, justo ahí donde tiene ese extraño tupé. «Deposita», sí, he dicho «deposita», porque otros encestan o lanzan sus céntimos con ofensiva desenvoltura; olviden esto último, por favor, soy un ingrato.

Esta mañana, como les decía, me fui a sentar como siempre a Sol, un sitio que me tuve que ganar a pulso; el intercambiador de Sol es nuestra City, así lo llamamos entre nosotros, para reírnos un poco cuando nos da por reír, cosa que no ocurre a menudo. Y mientras colocaba a Gus en su manta a mi lado, me prometí que sí, por casualidad, pasaba el chico de las playeras rojas, lo miraría a los ojos: no sé por qué se me ocurrió aquello, pero así fue. El caso es que sí, pasó, y cuando se paró a nuestro lado para dejarnos una moneda, se le cayó un rotulador, de esos gordos para subrayar cosas importantes. Entonces, yo se lo recogí y se lo tendí. Nos miramos. Tiene los ojos azules.

## 2° PREMIO

### DOS SALTOS

**Anaís Montero López**

Cierro los ojos; puedo escuchar el metro. Un rugido largo: la tierra abriéndose para dejarnos pasar. Recuerdo el eco de las voces que atravesaban los túneles. Mamá me agarraba la mano con firmeza. Notaba sus dedos gélidos en un enero que devoraba cualquier atisbo de calidez. Pero en sus ojos había aún más frío.

La primera vez yo tenía sueño. Salté de la cama a la calle, y de la calle al tren. Dos saltos. Ella me miraba de reojo mientras tiraba de mí con urgencia. A ratos me sonreía. Yo estaba cansada de correr y el aire se clavaba en mis pulmones.

De pronto, ya estaba sentada en el vagón, frente a otra niña con su madre. Pero en los ojos de la suya no hacía frío y eso, de alguna forma, me molestó.

Yo nunca hacía preguntas ni me quejaba. Había aprendido a convivir con esa sombra que no me dejaba ver la luz.

Mientras nos alejábamos de casa, una sensación de alivio se apoderaba de mi garganta, deshaciendo el nudo que llevaba ahí desde siempre.

Entonces dijo que teníamos que volver. No quería. El nudo volvía a enmarañarse y la sombra recuperaba fuerza. Mamá tiró de mí con suavidad y se colocó frente a las puertas, presionando el botón de apertura antes de que el tren se detuviera.

Deshicimos el camino mientras la sombra nos seguía.

La segunda vez no había frío en sus manos, pero sí un temblor. Sin reaccionar, ya habíamos saltado de casa a la calle y de la calle al andén.

Yo avanzaba con pasos torpes.

El andén estaba casi vacío; las luces parpadeaban con un zumbido inquieto y una mujer apareció a nuestro lado. Mamá me colocó junto a ella con rapidez. Ocurrió muy deprisa. Me besó la frente y el frío se volvió agua en sus ojos.

Dio un paso, y se fue llevándose la sombra consigo.

No la volví a ver. Ni a sentir. Ni a abrazar.

Años después supe que marchó para salvarme.

Y el metro, cuando lo escucho, abre la grieta que dejó, pero también me recuerda que lo hizo para devolverme la luz.

## 3° PREMIO

### UN DIA EMPEZÓ A HACER FRIO

**Jesús Ortiz López**

— Buenos días Padre. Usted se ha convertido en un fenómeno social. En un referente extravagante e innovador en la era de Internet e influencers. Su confesionario entre estaciones de la línea 3 es el punto de encuentro de muchas personas. ¿Cuál cree que es la razón de su éxito?

— Nada, la podemos ver cualquiera, la gente está sola y hay mucha necesidad visible y oculta. En esta ciudad de móviles o celulares, un religioso humano, que no se pone en el centro del vagón a predicar, es alguien con quien empezar a hablar sin pretexto es fácil.

— Su confesionario entre las paradas de San Fermín — Orcasitas y Callao siempre está ocupado. Constantemente hay personas que requieren su absolución. ¿Por qué?

— Creo que ese asiento ya no es el trofeo que se exhibe tras entrar antes que los demás en el vagón. Lo respetan, porque sienten que es un lugar reservado a quienes necesitan ayuda. Hay muchos tipos de pobreza. No puedo salvar del hambre, al desnudo. Mas, frente al desarraigo, frente a la soledad, soy un consuelo gratuito. Los psicólogos cobran, yo no tengo un cepillo, ni pido una limosna.

— ¿Cómo se le ocurrió esta idea de la parroquia móvil?

— En realidad, el alzacuellos y esta sotana, con treinta y dos botones, los encontré en el armario de la habitación que alquilé en un piso compartido, cuando llegué a trabajar a Madrid. No tenía ropa de abrigo y un día empezó a hacer frío.

## **4° PREMIO**

### **UN VAGON DE SOMBRAS, UN TRAYECTO DE NADIE**

**Ricardo Andrés Hinojosa Auserman**

El tiempo no es una línea recta bajo la tierra; es una espiral que asfixia. El sur de Quito no pesa por la altura ni por los volcanes que nos vigilan, sino por la memoria acumulada en el concreto. Estoy en Quitumbe, donde el viaje comienza, pero para cuerpos como el mío, frágiles por el desgaste de los años, por la miseria de la calle o por la inexperiencia de la juventud. El inicio siempre se siente como sentencia; aquí, ser invisible es un arte que he tenido que perfeccionar; no obstante, el miedo tiene un olor metálico que ignora mi intento de desaparecer.

La máquina avanza devorando kilómetros en silencio. Dejamos en lo alto la luz natural para sumergirnos en el vientre de la ciudad. Las paredes migran de un gris opresivo, que se siente como manos ásperas rozando la piel, a blanco

clínico y cegador en las estaciones intermedias. El blanco no abraza, desnuda. Me siento como una muestra bajo un microscopio.

Alguien respira demasiado cerca. No necesito voltear para sentir la temperatura de una mirada lasciva recorriendo mi espalda, invadiendo el último hilo de aire que me pertenece. Las luces parpadean en tono ámbar, casi rojo, evocando la violencia contenida de un semáforo que nadie respeta. El aire se vuelve denso, cargado de una electricidad estática que eriza los vellos; es la sensación de ser cazado en una jaula de acero y vidrio en movimiento.

Finalmente, emergemos hacia el norte en el Labrador. La luz del sol es cruel al revelar la escena. Tú, quien me mira desde su propia calma, ves las manos temblorosas de quien ha vivido demasiado, la ropa gastada de quien mendiga una moneda, o la mochila cargada de libros de quien apenas despierta al mundo. El acoso no discrimina mi forma, pero tu juicio sí decide cuánto valgo. Al ver mi angustia y desviar la mirada hacia tu teléfono para evitar la incomodidad, te pregunto: en este vagón repleto de testigos mudos, ¿quién es el verdadero cómplice de mi miedo? Uno capta múltiple número de duraciones, ¿cada una diferente unas de las otras?

## 5° PREMIO

### TODO SE TORNA OSCURO

**Javier Enrique Montero Arango**

... seguimos corriendo, bajando los peldaños del metro mientras el eco de las botas resuena detrás. Saltamos la valla metálica; ignoro los gritos indignados de la taquillera. Los grises nos persiguen, disparando órdenes: “¡Alto!”, “¡Deteneos!”, “Maricones, os vamos a hostiar”. El aire huele a miedo y a hierro.

Alcanzamos el andén. Un metro CENEMESA está cerrando las puertas. Me escurro dentro; noto un golpe seco en la cabeza. Me tambaleo. Las puertas terminan de cerrarse y, detrás del cristal, un policía golpea con la porra, furioso, gesticulando sin poder alcanzarme. Durante un instante temo que el jefe de tren abra de nuevo las puertas y remate su faena. Pero el convoy arranca. Lo último que veo son los grises ensañándose con alguien, insultándolo, prometiendo “hacerlo un hombre de verdad”. Caigo en un asiento. Alguien murmura. El periódico que sostiene tiene fecha 23 de junio de 1974. Me mareo.

El tren se agita. Abro los ojos. El vagón ha cambiado. Está abarrotado; gente con ropa multicolor, plumas, plataformas, maquillaje y banderas de franjas horizontales. Chicos se besan entre ellos, chicas también, y nadie se escandaliza. Hay música, risas, una alegría nueva y desbordante. Sigo en la Línea 5, Gran Vía, pero no es un viejo CENEMESA: es un moderno tren 2000 “Burbuja”. ¿Podemos ser libres, amar sin miedo, mostrar quiénes somos? Veo un folleto: “World Pride — 23 junio 2017”. Me falta aire, el vagón está lleno, vuelvo a marcarme. Pierdo el conocimiento.

Despierto bruscamente. El vagón casi vacío. Una pareja magrebí, una joven latina y dos ancianos ocupan los asientos. En Diego de León sube un grupo de jóvenes neonazis, con símbolos surgidos del pasado. Impiden bajar a los magrebíes: “¿Dónde vais, moritos de mierda?”. Las elecciones del 23 de junio de 2029 han cambiado todo: se acabaron “las paguitas”, “las pensiones”, “vivir del cuento”, “los extranjeros a su puta casa” ...

Me levanto, les hago frente.

“¿Y vosotros? ¿De qué vivís? De currar no parece. ¿Estudiar? Tampoco porque conocimiento el justito para no cagaros encima...”

Pero junto al insulto que atraviesa épocas como un latigazo “¡Maricón!” ... todo se torna oscuro.

## **MENCIÓN ESPECIAL BATALLITAS DE METRO**

**María Isabel Molina Sanz**

— Abuela ¿qué es prejubilarse?

— Noa, llevo 42 años trabajando y llega el momento de dejar mi puesto.

— ¿Y ya no nos vas a contar más historias del Metro?

— ¡Madre mía! ¡Cómo les gustan! ¡Con lo fácil que es leerse un cuento!

— En tantos años trabajando tengo muchas anécdotas que contar; ¡llama a tu hermana!

— ¡CLAUDIA! ¡VEN, QUE LA ABUELA NOS VA A CONTAR BATALLITAS DE METRO!

Acude la pequeña y nos apelonamos las tres en el sofá para empezar el relato:

— Una vez, embarazadísima, tuve que bajar a la vía; la tecnología y comunicaciones han mejorado mucho, pero entonces... fijaos, no había Samur, desfibriladores...

– Claudia — abuela, ¿Por qué no utilizaban el móvil?

– Noa — enana, mama me cortó que cuando era pequeña no existían móviles, ni Tablet, ni internet.

– Fijaos, cuando yo entré, reingresaban taquilleras que habían tenido que irse de Metro por casarse. En discriminación hemos mejorado también.

—¿Os sigo contando? Una viajera se puso de parto en Quintana y el bebé nació en el cuarto de operador. Le pusieron de nombre Miguel, como el patrón de Metro.

En la taquilla de Retiro encontré una carta "al Sr. Jefe de Estación de Retiro, calle Alcalá, Madrid".

La abrí y era un anciano que tenía un plano de Metro de 1957 y sabía que se había ampliado mucho.

Mandaba sellos para que le enviásemos un plano actualizado. Le envié un paquete enorme con planos, ampliaciones de Metro, pins, pegatinas... y mantuvimos una correspondencia fluida hasta que un día... no escribió más. Era muy mayor.

En Manuel Becerra, a un anciano se le cayó el ojo de cristal a la vía y lo tuve que coger con unas pinzas muy largas que tenemos en las estaciones. ¡En el Puesto de Mando no se lo creían!

— ¡Anda abuela! ¡Te has pasado! ¡Eso es inventado!

— No hija, hay mil anécdotas de Metro, y cualquiera que lleve tanto tiempo como yo trabajando aquí lo sabe.

Siempre comentamos entre los compañeros que habría que hacer un libro con historias de Metro, sumando las anécdotas que todos hemos vivido.

Quizás ahora, cuando me jubile...

\*\*\*\*\*

Madrid, 15 de diciembre de 2025



Por Solidaridad Obrera  
La Junta Sindical

*De cada uno según sus fuerzas a cada uno según sus necesidades* Pior Koprotkin